

PALABRAS DEL ACADEMICO DON LUIS JAIME CISNEROS AGRADECIENDO, A NOMBRE DE LOS DESCENDIENTES DE LUIS FERNAN CISNEROS, EL HOMENAJE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Qué fácil es decir la gratitud de los descendientes de Luis Fernán Cisneros, cuando ha sido tan sabiamente preparado el camino por el estudio medido y las palabras cordiales que el escrupuloso saber de Alberto Tauro ha diseñado. Hombre como él entregado al estudio de nuestra historia, y como él entrenado en el conocimiento seguro de nuestras letras republicanas, escucha hoy de mis labios la voz de tres generaciones que le dicen gratitud. Y qué fácil me resulta extender el agradecimiento a la Academia Peruana de la Lengua, institución a la que está nuestro nombre vinculado desde la hora feliz en que don Ricardo Palma y Luis Benjamín Cisneros firmaron los primeros documentos de su constitución. Casa nacida para albergar una constante preocupación por el saber y la cultura, no dejó de ser nunca la Academia tribuna y refugio de las ideas que postularan justicia, progreso y libertad. Por algo la fundaron románticos que creían en la belleza de la palabra, arriesgaban la pureza en el ideal y soñaban una patria fecunda. No podía ser extraño, así, que por gravitación de sus virtudes propias, Luis Fernán Cisneros perteneciera a la Corporación.

Y qué nos toca decir a nosotros, que no haya sido dicho en estos días con justicia y generosidad por voces autorizadas de la crítica, el periodismo y la diplomacia. Nada podemos agregar, como no sea nuestra emoción contenida y nuestra voz entrecortada. Se ha exaltado la nobleza del hombre de acción, y se ha puntualizado su decencia y su decoro, rasgos que miran a la médula del hombre y mientan el hogar de los abuelos. Se ha destacado su ideal por la democracia y la libertad, raíz de su minucioso y largo destierro. Cisneros, periodista y poeta. Cisneros, profesor y periodista. Cisneros, periodista y diplomático. Por sobre todo, hombre de prensa, el primero de su generación. Se ha elogiado su prosa, de inalterado vigor. Se ha hablado de su quehacer poético. Y se ha destacado, en la voz del presidente Belaúnde, que su línea cívica fue paralela de su línea moral. Qué podemos agregar nosotros a cuanto se ha dicho!

Sí, la patria tenía varias formas en las conversaciones de Cisneros con sus hijos. La patria era un sentimiento hondo y una profunda fe. Y con ella tenían mucho que ver los hombres. Dos nombres aprendimos a pronunciar con respeto los hijos de Luis Fernán. El primero lo gustamos en la infancia. Venía envuelto en la leyenda y se crecía en la voz con que mi padre evocaba sus gestos, sus ideas. Piérola fue para nosotros ejercicio imprescindible de silabeo patriótico desde la más tierna edad. El otro nombre nos alcanzó en distintas etapas; madurez, juventud y adolescencia nos acostumbraron a frecuentar el nombre de José Luis Bustamante y Rivero, en cuya limpieza cívica nos enseñaron a ver realizado el ideal de una auténtica vida democrática. El uno, Piérola, perdido en las brumas de la irrealidad y el mito, se reducía a esa silenciosa consigna que el viejo don Nicolás parecía impartirnos, imperterritito, desde su retrato enmarcado en caoba. El otro, que la feliz realidad nos ha permitido compartir a casi todos,

anuncia que el tamaño de la patria puede ser a veces el de la esperanza.

Y junto con el de la patria, el culto de la amistad. Amigo de sus amigos fue ciertamente Luis Fernán. Yo quisiera rodear este ambiente de penumbra, para que pudiera moverse mi padre con la modestia y el pudor con que se movió en la vida. Y quiero traer aquí, para hacerlos testigos de la gratitud de que soy portavoz, la alegría festiva de Leonidas Yerovi, la comunicativa ciencia clara de Oscar Miró Quesada la pulcra conversación de Alberto Ulloa, el saber exultante de Víctor Andrés Belaúnde, la callada ironía de Manuel Moncloa. Y traería a los hijos de don Ricardo Palma, que cultivaron con Luis Fernán y con nosotros la prolongada hermandad que el gran viejo glorioso iniciara con mi abuelo. Y traería, por fin, la vieja silla de ruedas del abuelo anciano y paralítico, porque sin ella no estaría retratada y presente la adolescencia de Luis Fernán, y con su adolescencia su melancolía, y con su melancolía su timidez. Y sembraría el ambiente de estrellas y jazmines.

Digo gracias a la Academia Peruana de la Lengua porque esta ceremonia, merced al empeño valioso de Alberto Tauro, nos ha permitido renovar la fe en nuestro nombre. Y se las repito, porque nos ha mostrado también el coraje que exige mantenerlo limpio. Y digo gracias a Dios, que para hacernos a imagen y semejanza suya puso en nuestra sangre la semilla fecunda de Luis Fernán Cisneros.